

La fotografía de los espíritus

**Desy
Icardi**

La fotografía
de los espíritus

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

AdN

Título original: *La fotografia degli spiriti*

Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agency.

Este libro ha sido traducido gracias a la ayuda del Centro per il libro e la lettura del Ministerio de Cultura italiano



© 2022 Fazi Editore srl

© de la traducción: Xavier González Rovira, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

Traducción adaptada para Latinoamérica
con la colaboración del traductor

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-596-1 (México)

ISBN: 978-84-10138-24-7 (España)

Primera edición, septiembre de 2024

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

A mi madre

Muchos días después, frente al edificio del Ayuntamiento, el abogado Edmondo Ferro había de recordar aquella mañana luminosa en que una chica con mirada un poco oblicua quiso sacarle una fotografía.

Capítulo 1

Monferrato, abril de 1906

—¡Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas!

Al son de aquella letanía de palabras arrastradas, las puertas que daban al callejón comenzaron a abrirse, revelando pasillos oscuros que se encendían ante los ojos curiosos.

—¡Fotos, retratos de familia, recuerdos de la confirmación!

Con la nariz asomando apenas por el umbral, las mujeres vieron desfilar la pequeña procesión, encabezada por un hombre de mediana edad que llevaba un bigote de manubrio y un traje exquisitamente confeccionado, el cual, sin embargo, no podía disimular su achaparrado físico. De su brazo iba una mujer mucho más alta que él, de tez morena, con su larga melena negra sujeta por una vistosa peineta dorada y un ajustado vestido de flores rojas que la envolvía; un vestido sorprendente y muy descarado, comparado con las faldas y las blusas aburridas con las que solían envolverse las mujeres del pueblo. Detrás de aquella pareja tan mal acoplada caminaba un chico de unos catorce años que vociferaba su retahíla, empujando un pesado carro pintado de verde oscuro en cuyo lateral estaba escrito, en letras doradas y ahora ya descoloridas: «FOTOGRAFÍAS BARDELLA».

El chico era el detalle menos interesante de la procesión; se trataba de Berto, el hijo menor de un aparcerero de las inmediaciones;

lo habían contratado para empujar el carro con el equipo. La verdadera atracción no era ni siquiera la procaz señora a la que los aldeanos habían apodado, desde su primera aparición algunas primavera atrás, «la Valenziana»; al contrario, el personaje verdaderamente notable era *munsù* Bardella, que de vez en cuando recorría las calles de pueblos pegados a las colinas del Monferrato, cambiando para siempre el destino de alguna afortunada familia.

Las puertas ya estaban abiertas de par en par y enmarcaban a mujeres sonrientes de mediana edad con su séquito de jovencitas. Los arcos que daban a los patios interiores se habían poblado de ancianos, niños y jovencuelos que rozaban con miradas furtivas a la bella Valenziana. Bastaría con que la mujer les hubiera devuelto a ellos un atisbo de sonrisa para que hubieran salido huyendo a meterse de nuevo en los establos como pollitos asustados, pero esa misma tarde quienes pasaran por la plaza los habrían oído manifestar entre risas los más atrevidos comentarios sobre la esposa del fotógrafo.

—*¡Buondì, munsù* Bardella! —saludó festivamente una mujer asomada a la puerta de su casa—. ¡Saluden al señor y la señora Bardella, chicas!

De la oscuridad surgieron tres chiquillas con sus mejores chales, ya demasiado gruesos para el mes abril.

—¿Verdad que son guapas mis chicas? —preguntó la mujer, agarrando la barbilla de la que tenía a su lado para obligarla a mostrar su rostro al fotógrafo.

—Son unas niñas muy guapas —le concedió el hombre—, y dentro de unos años serán hermosas señoritas.

—Rosetta tiene dieciséis años —continuó la mujer, tirando de la chica por la barbilla—, sabe cocinar, coser y bordar: ¡si viera usted qué ajuar más bonito está preparando!

—Si su Rosetta ya tiene dieciséis años —sonrió Bardella—, entonces dele leche todos los días, de lo contrario nunca se desarrollará, y no le endilgue ese suero de leche transparente que queda después de retirar toda la nata para hacer la mantequilla que vende en el mercado.

Las vecinas de la mujer no distinguieron las palabras de Bardella, pero vieron claramente que el rostro de aquella se ponía como un tomate de vergüenza, para palidecer luego con la mortificación.

—Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales...

—¡*Munsù* Bardella! —lo llamó una joven desde un portal—. ¿Cuánto cobra por una fotografía de mis pequeños?

La niña, de unos siete años, vestía una túnica blanca, mientras que su hermano mayor llevaba una chaquetita realzada por un brazalete de raso blanco en la manga.

—¿Comunión y confirmación? —preguntó el fotógrafo.

—Sí, a él lo confirmaron la primavera pasada y ella hará la comunión el próximo mes de mayo, pero me gustaría que se fotografieran juntos porque...

—Le haré un buen descuento, señora —tuvo a bien informarle—, dos fotos por el precio de una.

El fotógrafo entró en el patio con su bella esposa del brazo, y el chico los siguió con el carro.

—Vamos, Berto, coloca el telón —le ordenó.

El chico sacó del carrito lo que parecía un rollo de tela de los que venden en las mercerías, aunque mucho más grande. Sus maniobras atrajeron a una pequeña multitud de curiosos.

—Permanezcan de este lado, señores —advirtió Bardella a un grupo de ancianos—, de lo contrario acabarán en la fotografía, ¡y me parece que ustedes hicieron su primera comunión hace ya bastante tiempo!

Los viejos campesinos se rieron a carcajadas y se colocaron donde se les indicó.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, Berto? —soltó Bardella, señalando el toldo que el chico acababa de izar y que mostraba un cuadro con un jardín lleno de flores—. ¡Ese es el telón de fondo para las bodas y los compromisos matrimoniales! ¡El fondo para comuniones y confirmaciones es el que tiene los ángeles! Tenemos telones

de fondo para todas las ocasiones, ¿saben ustedes? —informó a su público, ya bien numeroso; sabía perfectamente que incluso antes de tomar las fotografías de los dos niños encontraría más clientes.

Como era de esperar, en efecto, a la foto de los dos hermanitos le siguieron muchas otras, lo que obligó al pobre Berto a cambiar varias veces el telón de fondo. Finalmente, cuando todos —recién casados, recién nacidos con túnicas bautismales, reclutas con escarapelas tricolor— quedaron satisfechos, el instrumental volvió al carro y la procesión reanudó su marcha.

—Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas...

Las salidas a la calle volvieron a abrirse. Algunas madres buscaban la mirada de Berto con la esperanza de que pudiera defender su causa, pero él respondía a aquellas expresiones suplicantes con una mueca de sorna. Esas mujeres siempre lo habían mirado frunciendo la nariz porque era hijo de un aparcerero; ahora que trabajaba para un famoso casamentero, un *bacialè*, como lo llamaban por aquellos lares, parecían tener la esperanza de que olvidara su soberbia.

La Valenziana estrechó el brazo de su marido y señaló con la cabeza, tan morena, una de las salidas abiertas, frente a la cual una madre exhibía lo que podría describirse como pésima mercancía.

—¿Te refieres a esa? —le preguntó en voz baja, mirando a la chica a la que su mujer había señalado, una especie de gigantea con facciones duras y los brazos tan robustos como los de un muchacho.

La Valenziana se acercó a su oreja y le susurró algo.

—¡Por supuesto, querida, tienes toda la razón! Disculpe, señora... —Se le acercó afable.

—Giuditta —se presentó la mujer—, viuda de Bosco.

—¿Quiere que le hagamos una fotografía a su hermosa hija, señora Bosco?

—Con mucho gusto —gritó con entusiasmo—. Si supiera con cuántas ganas lo esperábamos, ¿verdad, Nerina?

La muchachota frunció su hirsuto ceño y se ciñó el chal recién confeccionado.

—Berto, esta foto la haremos dentro de la casa; monta el carrito en el patio, luego lleva adentro el telón de fondo pequeño y la silla Savonarola.

—¿La del respaldo alto o la otra, la que tiene forma de barco?

—Digamos que la que tiene forma de barco, si te gusta llamarla así —resopló Bardella, exasperado—. Vaya usted abriéndonos camino, viuda de Bosco.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, las madres que habían presenciado la escena desde sus puertas abiertas se agolparon en el centro del callejón, uniéndose en un inexpugnable corro del que quedaron excluidas sus hijas.

—¿Cómo es posible que *munsù* Bardella haya elegido a la hija de Giuditta? —preguntó indignada una de las mujeres, que llevaba un pañuelo atado tras la nuca—. Nerina es buena muchacha, pero las chicas guapas están hechas de otra pasta.

—Hasta las pasables están hechas de otra pasta —murmuró la madre de Rosetta, que había seguido con avidez el desfile del carro.

—Ahora entiendo por qué me dijo que le diera más leche a mi Rosetta, si lo que le interesa es ese tipo de mujerona.

—Tú a Rosetta deberías darle más leche, de verdad —replicó la mujer con el pañuelo en la cabeza—, si no, tan flacucha como está, ¡no se la quedará ni un recadero de aquí, del pueblo, ya ni hablar de un rico caballero argentino!

—Yo no podré engordar a mis hijas —admitió la mujer—, pero al menos no las mato de cansancio y tienen la espalda bien recta. No como la pobre Nerina, que lleva cortando leña desde que era una niña y ahora tiene joroba. Giuditta se la escondió con un chal nuevo, ¡pero ya verán cuando *munsù* Bardella se dé cuenta, ese no va a mandar su foto a Argentina!